

dumbre. Estos tales tenían sus sesiones, conferencias y partidas de recreo bajo el patrocinio del conde de Artois, que fué mas tarde Carlos X, y de otros príncipes que miraban con repugnancia las trabas impuestas al poder real. Luis XVIII, estimulado por su ambición, deseaba también colocarse en primer término y hacer alarde de su propia autoridad, traspasando las formas constitucionales que escudan al monarca bajo la responsabilidad ministerial; pero los afectos al trono se atenían a la *Carta*, y Chateaubriand la juzgaba la sola ancla de salvación en el mar tempestuoso que agitaba el navío del Estado, al paso que el general Foy exclamaba: "El quequiera mas que la *Carta* ó menos que la *Carta* ú otra cosa que no sea la *Carta*, falta á sus juramentos."

Ojalá estas disensiones nos pusiesen en guardia, pues las vemos reproducidas mas ó menos por do quiera el régimen constitucional empieza á levantar cabeza; y de los errores de Francia, que muy repetidas veces se toma por modelo, no se sabe sacar partido para evitarlas.

Las heridas que aquel reino había recibido y que tenía que cicatrizar, eran muy graves. Los aliados convinieron entre sí, en que pagaría los gastos de la guerra y el miedo que Francia les había causado. La malhadada invasión de 1815 había disipado quinientos millones de francos del tesoro nacional, que se vió obligado á desembolsar setecientos cincuenta millones en tres años, y mas tarde doscientos ochenta. Además, reclamaban varios acreedores al gobierno francés, y con especialidad los países del Rhin que había abandonado, la cantidad de mil seiscientos millones que por mediación de Wellington se quedaron reducidos a doscientos cuarenta. Así es como la deuda pública de Francia subió de mil doscientos sesenta á tres mil setecientos sesenta millones de francos. Este castigo que era por cierto muy cruel para un pueblo que se había colmado de tanta gloria, nos da á conocer la impertinencia de los aliados que protestaban deseando anhelosamente la paz, sin fijarse en que el gobierno francés para satisfacer tan enormes cantidades, tenía que acudir á medios que exacerbarían los ánimos. Pero enconaban mas y mas al pueblo la alegría provocadora de sus invasores y la vista de los pendones extranjeros que ondeaban sobre las murallas de sus ciudades, desplegando al viento las huellas nacionales victoriosas que llevaban aún estampadas. Y últimamente, cuando el ejército que ocupaba el territorio francés se retiró y el gobierno de aquel país [Setiembre de 1817], ya dueño de sí, entró en la Santa Alianza, echó de ver que ésta le estimulaba con aire amenazador á implantar también en Francia sus ideas absolutistas. Pero el partido de la oposición legal, y el que no podía aspirar á este título, estaban entrambos resueltos á contrarrestarlas.

Esta última tenía tres matices: veinte mil

oficiales arrojados de los campamentos al reposo, que dirigían sus miradas á Santa Elena ó las fijaban en el vástago napoleónico que crecía bajo las alas del águila austríaca, esperando que ésta les favoreciera ó para elevar al trono al hijo de una archiduchesa ó para turbar la paz de sus molestos vecinos. Otros en sus ensueños fabricaban repúblicas, de los cuales, unos la deseaban con La Fayette pacífica y doméstica, como la de América, y otros llena de fuerza y poder como la del 93, para que inspirara terror á los reyes y esperanzas á los pueblos. Un tercer partido se acordaba de que para dar cima á la revolución inglesa fué menester lanzar del trono á la dinastía restablecida y poner á otro en su lugar que lo debiese todo á la revolución y no cobijase venganzas en su seno ni amargas reminiscencias. Todos estos hombres que se daban el título de *independientes*, procuraban atraer á sus intereses la clase media, solicitándola, ya con esperanzas, ya con temores, acogiendo á todos los individuos que los Borbones dejaban mal satisfechos, empleando para lograr su intento periódicos y caricaturas, y abatiendo á los misioneros y jesuitas, bajo cuyo nombre se comprendía generalmente á los clérigos celantes y á sus favorecedores. La oposición legal por su parte maniobraba en las cámaras que se consolidaban con sus poderes constitucionales.

En Inglaterra hace ya dos siglos que la política lo discute todo públicamente y bajo la vigilancia del pueblo, que la obliga á conformarse con los intereses de la nación. Pero Francia, novicia aún en la senda constitucional, se manifestaba tan instable cuanto truecan la brisa por tempestad y pierden de vista el Norte. El pueblo además, poco avezado á las discusiones políticas, y dotado de fantasía muy viva, se inflama con el clamoreo y el sonido de las palabras generosas.

Eran bases de la oposición legal la ley electoral y la censura, pues un gobierno representativo no puede subsistir sin la prensa libre, y muchos realistas también la defendían: entre éstos Chateaubriand, el cual parecía apostrofar á los Borbones en esta forma: "Yo sostendré vuestro cetro con tal que vosotros respetéis el mío," y luego exclamaba: "No quiero que un censor, si nacieran otros Copérnicos y Galileos, pudiese de una plumada sumergir en el olvido un secreto que el genio del hombre pudiese haber arrancado á la Omnisciencia divina." La censura, añadía Daunou, que fué siempre parcial, lo es esencialmente y es imposible que no lo sea; la censura es una arbitrariedad absoluta." Royer-Collard, á pesar de que había solicitado leyes restrictivas para la prensa, decía con sarcasmo: "Fué mucha impertinencia haber dejado al hombre en el día de la creación escaparse libre é inteligente por el universo." De aquí se han originado los males y los errores. Pero una

LIBERALES.

sabiduría mas elevada viene á reparar la culpa de la Providencia, á poner coto á su indiscreta liberalidad y á prestar á la humanidad, sabiamente mutilada, el servicio de sublimarla á la inocencia bienaventurada de los Brutos.

En cuanto á las elecciones, base del sistema representativo, el gobierno procuraba sujetarlas á su influencia. Rechazado el método directo y establecido el doble grado, las elecciones se agitaron primeramente entre ultra-realistas y moderados; luego entre moderados, ministeriales y doctrinarios, y en resolución entre doctrinarios é independientes.

Royer-Collard, que había combatido el sensualismo de Condillac, como causa del envilecimiento de los ánimos bajo Napoleon y del despotismo brutal del terror y de la espada, debía los arranques de su elocuencia al odio contra un sistema y á la oposición de sus contradictores y no al amor del pueblo, que él deseaba mas bien verlo separado de la constitución, en razon de que la época del terrorismo en Francia lo había indispuerto contra la soberanía popular. Por lo cual, considerada la cámara como electiva y no como representativa, y á los que la componían como diputados de la cámara y consejeros del rey y no como diputados del pueblo adquirió mucha importancia con hablar muy poco y con escribir menos aún; y porque recopilaba las discusiones en forma dogmática, y con frecuencia sus palabras se convertían en doctrina, sus partidarios fueron llamados doctrinarios, nombre por lo demas vago, como todos los que sirven para calificar á los partidos, y que cada cual interpretaba á su talante. Los doctrinarios no estaban cursados en negocios públicos, y eran legistas y literatos que pretendían arreglar la política á algunas máximas abstractas que se habían formado. Estos, contrarios á los absolutistas, que todo lo miraban por un solo lado, tendían á consolidar los poderes de hecho, que resultan de la propiedad, de la riqueza y de otras ventajas que dependen de las varias posiciones sociales, y á poner de acuerdo estos poderes entre sí por medio de transacciones; al revés de aquellos liberales que querían limitar la esfera de la autoridad de los poderes mencionados, menoscabando nuestra existencia lo mas posible, aislándonos casi de la vida social (1), y haciendo objeto de la política los intereses de la clase media.

(1) Aspiraba con entusiasmo á un porvenir, pero no sabía cual; á una libertad cuya fórmula, si hubiese querido darle una, sería esta: un gobierno cualquiera con la mas grande cantidad posible de garantías individuales y la menos posible de acción administrativa.—Thiers, *Préface aux dix ans d'études historiques*.

(1767—1830). Benjamin Constant de Lausanne, publicista del liberalismo de aquella época, se limitaba con respecto á la religión y á la política á las ideas protestantes. Hombre de mente robusta, pero de temperamento débil y de ánimo frío, introdujo en Francia la literatura germánica, y en la filosofía la moral de sentimiento que se sujeta á la fluctuación de la conciencia de cada cual. Sus ideas, sus pensamientos, la versatilidad de su ingenio, la frivolidad de sus costumbres, su culto á Voltaire y su hábito de satirizar, le hicieron colocar en aquella escuela inglesa, que tuvo por orador á Monnier, por hacendista á Necker, por heroína á Staël y por adepto al emperador Alejandro. Despues de haberse opuesto á Napoleon sin comprender que éste representaba la Francia, se le asoció en el trascurso de los *Cien días*, aconsejándole que formase una cámara de pares hereditarios como la de Inglaterra. Durante la restauración se puso á la cabeza de aquel liberalismo ciudadano, que luchaba contra la soberanía nacional, impelido tan solo por la intención de garantizar la independencia individual contra la acción del poder. En el sistema representativo, que vive únicamente de ficciones y contrapesos, y que por sus compilaciones da cierta ventaja á los ingenios delicados sobre los ánimos fuertes, pero sencillos, se puso en primera línea, porque así lo mandaron el gusto que había inspirado al pueblo y las simpatías con que la juventud lo regalaba, aunque no hubiese revelado jamás vigor, y sus frecuentes contradicciones le culpasen de instable escepticismo. Como protestante se oponía á los clérigos; y porque tenía facilidad é ingenio, así escribiendo en los periódicos como hablando en la tribuna, formó con sus artículos un curso político-constitucional, en que establece como objeto de toda humana asociación la libertad individual garantizada por la libertad política. Dice que los antiguos tendían á comunicar el poder social á todos los ciudadanos, y los modernos á asegurar los goces privados, y que las instituciones políticas son contratos, en los cuales el hombre renuncia lo menos posible de su primitiva independencia, por lo que la sociedad no tiene mas jurisdicción sobre los individuos que la necesaria para impedirles que mutuamente se perjudiquen.

Nosotros que no admitimos estas teorías, opinamos que tanto el individuo como la sociedad existen para el género humano, á fin de que se vaya perfeccionando mas y mas, y las naciones adquieran el desarrollo mayor posible, y que cada individuo, por la parte que le corresponda, debe llevar el tributo de sus facultades personales y de su amor para el bien de todos.

Segun las doctrinas estériles de Benjamin Constant, la concurrencia industrial es de derecho absoluto; toda intervención del po-

der social y toda imposición que no es mandada por una necesidad imperiosa, son una usurpación: la dirección social no debe tener cabida en el orden material y aun menos en el moral; la religión debe conformarse al sentimiento de cada individuo, y la educación de los hijos debe dejarse abandonada á los padres. Además, el único objeto de toda sociedad la independencia individual, serán únicamente sus miembros los que puedan proporcionársela, á saber: los propietarios. Combatiendo en esta forma todos los privilegios aristocráticos, se consolidaban los de los ciudadanos, y por consiguiente se reprobaba la elección del doble grado. Pero si el único interés real es el de los individuos y el interés general no es más que una transacción entre éstos, la nacionalidad desaparece y se reduce á municipio. El solo gobierno verdadero será entonces el comunal, y la autoridad central se limitará á resolver las contradicciones que se originen de las pretensiones respectivas de las localidades.

De todo lo que va dicho, deducía Benjamin Constant su teoría de la monarquía constitucional, que se quedaba reducida á un oficio neutro y meramente moderador entre los principios activos: el poder ejecutivo, según su doctrina, competía á los ministros y no dependía del monarca, el cual debía atender únicamente á conservar en su esfera á las autoridades, ó mudando de ministros ó disolviendo las cámaras: lo que se formuló más tarde en estos términos: "El rey reina y no gobierna."

Con respecto á la religión, que la consideraba en sus formas y desarrollo, y en relación con el politeísmo romano, sostiene que es progresiva como toda civilización, y que lejos de fundarse en una concepción necesaria de Dios y en el encadenamiento de las cosas, es una disposición instintiva de nuestro espíritu, un sentimiento revestido de dogmas arbitrarios á propósito para satisfacer una necesidad lógica, y un vano ateísmo acompañado de una revelación suprema, que se verifica una sola vez sin ninguna autoridad más que la de la conciencia individual; que el culto vulgar de los antiguos no era sino un reflejo de las tradiciones más puras que contenían los colegios sacerdotales y los antiguos misterios; que la teología y la mitología son absurdos y aberraciones de la mente ó engaños del sacerdocio, y que en donde éste no se halla constituido y el culto se deriva espontáneo de la opinión, como en Grecia, se perfecciona poniéndose en armonía con la civilización.

Hemos querido exponer con latitud esta mezcla de la antigua enciclopedia, con las doctrinas de Kant, por la sencilla razón de que es la verdadera expresión del sistema que liberal se apellidaba á la sazón, y que amedrentaba á los reyes sin poder inspirar mucha confianza al pueblo.

Luis XVII, á pesar de que como jefe de los emigrados es de suponer que tuviese ideas

muy altas de la monarquía, se manifestó celoso no solamente de restablecer el honor primitivo de su nación con respecto de los extranjeros, sino también de consolidar la *Carta*. En efecto, después de haber disuelto la cámara, que se daba á sí misma el título de más realista que el rey, figuraron en la nueva cámara que se convocó en 1812, Lafayette, Manuel y otros personajes de igual temple. El nuevo ministerio, cuya alma, más bien que jefe, era Decazes, válido del rey, se inclinaba á las concesiones, y aunque los realistas le comprimesen y obligasen á caminar á tientas sin poderse pronunciar decididamente, fué abolida la censura, fueron sujetos al jurado los delitos de imprenta, y los editores responsables de periódicos obligados á dar fianzas, fueron considerados tan solo como cómplices en los delitos de imprenta á que contribuyeran.

Pero los liberales moderados se habían propasado también hasta el exceso, nombrando diputado, con la intención casi de abolir á la dinastía restablecida, á Gregoire (1), que había depuesto su mitra episcopal, y había sido regicida. Luis XVIII, que lo comprendía todo, dijo, al abrir las cámaras en el año de 1818: "Una inquietud vaga, pero cierta, embarga los ánimos; cada uno quisiera estar seguro de que lo presente dure; la nación disfruta incompletamente de las ventajas del régimen legal y de la paz, porque teme que la violencia de las facciones se las arranque, y se amedrenta de la expresión muy patente de sus designios."

Manifestábase en estos términos (hecho por cierto nuevo) la diferencia que mediaba entre los gobiernos y la nación: los primeros obraban en la superficie, la segunda se agitaba en el fondo en donde vivía aún la revolución, que en los primeros se había apagado. Pero aquel gobierno en vez de ponerse á la cabeza del movimiento social, cuyos estremecimientos oía, se obstinó en hacerlo retroceder condescendiendo con la voluntad de unos pocos; y las amonestaciones de sus amigos y de los que querían traerle de los procedimientos ilegales fueron vanas. Tay-

(1) Restablecida la antigua monarquía en Francia, la elección de Gregoire era un anacronismo impudente y contrario á todos los principios de la sana política, porque este antiguo prelado, que después de haber faltado á los deberes que le imponía la santidad de su ministerio, se había escedido hasta el punto de decir: *la historia de los reyes es el martirologio de los pueblos*, no podía ser un elemento de oposición en la cámara, sino un germen de disolución contra el nuevo orden de cosas. Además, Gregoire con haber aceptado el cargo de diputado, contravenía implícitamente á sus antiguos principios, porque se declaraba miembro de un gobierno presidido por aquel poder monárquico, que él había contribuido sobremanera á destruir, y representado por el hermano de Luis XVI.

[Nota del traductor.]

herand exclamaba: "Aquellos que todos los hombres ilustrados de un país, proclaman sin variación ninguna por muchos y diferentes años como bueno y útil, debe reputarse necesidad del tiempo: tal es la libertad de la imprenta. En nuestra época no es fácil engañar por mucho tiempo: entrar en una lucha en que todo un pueblo toma parte, es un error; y en el día cada error político lleva consigo peligros."—Manuel decía: "¿A qué tienden estas restricciones intempestivas! ¿á apagar el volcán? ¡pero ignorais vosotros que la llama chisporrotea á vuestros pies, y que si no le facilitais una cómoda salida estallará envolviéndoos en sus ruinas!"

Estas discusiones de la cámara puestas en conocimiento del público, se exageraban por los periódicos, por la intriga de los partidos y por el miedo que inspiraban en el vulgo; por lo cual los ánimos en gran manera se agitaban, y las asambleas electorales, las escuelas, las plazas, alentaban pensamientos hostiles. Pero el gobierno se enardecía aun más cuando veía que fuera de su gremio los pueblos se levantaban contra los reyes.

ASESINATO DEL DUQUE DE BERRY.

Entretanto el duque de Berry, heredero presunto del trono, sucumbió bajo el puñal de Louvel, 13 de Febrero de 1820 (1), cuyo

(1) A pesar de que nadie ignora el asesinato del duque de Berry, creemos muy oportuno transcribir en esta nota los pormenores de aquel hecho sobremanera en la política francesa, y cuyas consecuencias no han llegado todavía á su fin. Son muchos los escritores que han consignado en sus páginas la muerte del señor duque de Berry; pero nosotros transcribiremos las palabras de Chateaubriand, entresacadas de sus *Memorias, cartas y documentos auténticos concernientes á la vida y muerte de S. A. R. Carlos Fernando de Artois, duque de Berry*. El autor en esta ocasión pone de manifiesto todo su afecto hácia los Borbones de Francia, y tal vez se escede en elogios; pero esto no altera la verdad de los hechos referidos con exactitud, ni los pormenores más calificativos de aquel atroz asesinato cometido en la persona del heredero presunto de la corona.

Transcribiremos también en esta nota los sentimientos del señor duque de Berry, referidos por el mismo Chateaubriand, comparados con los de Enrique IV, y acompañados de algunos detalles, que pueden ofrecer materia para reflexiones serias y profundas al filósofo, que descubre muy á menudo en los grandes acontecimientos antiguos y modernos, cierta semejanza asombrosa en las circunstancias, así principales como accesorias que los acompañan. En efecto, se han hecho observaciones semejantes con respecto á algunos sucesos relativos á Napoleón y á Luis XVI, y con especialidad acerca de sus bodas con dos archiduquesas de Austria, como lo indican los historiadores del imperio. Pero volvamos á nuestro asunto y vamos á transcribir los dos trozos de Chateaubriand, traducidos con bastante regula-

asesinato fué atribuido á la casa de Orleans, á los bonapartistas, hasta el ministro Decazet y acierto por el señor marqués de las Hormazas.

"No es esta la primera vez que ha sido derramada la sangre cristiana en aquellos espectáculos que la Iglesia llama el pequeño paganismo, en los días del carnaval consagrados al viejo que lleva la guadaña. Es para los fieles una tradición de los juegos del anfiteatro y una herencia del martirio.

"El domingo 13 de Febrero, el señor duque y la duquesa de Berry, fueron á la ópera, en la que los bailes y los juegos eran adecuados á las locuras propias de aquel tiempo del año. Se aprovecharon del intermedio de un entreacto para visitar en su palco al duque y la duquesa de Orleans. El señor duque de Berry acarició á los niños, y estaba jugando con el duquesito de Chartres. El público, lleno de alegría al ver esta unión de sus príncipes, los victoreó por diferentes veces.

"A la señora duquesa de Berry la dieron al volverse á su palco con la puerta de otro palco, que abrieron al mismo tiempo en que pasaba. A poco rato, hallándose ya cansada quiso retirarse. Serían las once menos algunos minutos, y el señor duque de Berry fué á conducirla á su coche, con ánimo de volver á entrar en seguida en el teatro.

"El coche de la señora duquesa de Berry estaba ya arrimado á la puerta. Los soldados de la guardia habían permanecido en lo interior, porque hacia ya algún tiempo que no permitía el príncipe que saliesen. El único que estaba de centinela presentó las armas, y volvió la espalda á la calle de Richelieu. El conde de Choiseul, edecán de monseñor, estaba á la derecha del centinela al rincón de la puerta de la entrada, vuelto también de espaldas á la calle de Richelieu.

"El conde de Mesnard, primer caballero de la señora duquesa de Berry, la dió la mano izquierda para subir á su coche, así como á la condesa de Bethizy, y el señor duque de Berry, las daba la mano derecha. El conde de Clermont Lodève, gentil hombre de honor del príncipe, estaba detrás de él, aguardando á que S. A. R. volviese á entrar para acompañarle.

"A este tiempo llegó un hombre, por la parte de la calle de Richelieu, y pasó rápidamente por entre el centinela y un lacayo que estaba levantando el estribo del coche: dió un empujón á este último, y se arrojó sobre el príncipe, al mismo tiempo en que éste, volviéndose para entrar en la ópera, decía á la señora duquesa de Berry: "Adios, pronto nos veremos." El asesino, apoyando la mano izquierda sobre el lado izquierdo de la espalda del príncipe, le clava un puñal con la mano derecha en el lado derecho; un poco más abajo de la tetilla. El conde de Choiseul, creyendo que aquel miserable era un hombre que tropezaba con otro al correr involuntariamente, le empuja de sí, diciéndole: "Mire V. lo que se hace." ¡Lo que hizo.... estaba ya hecho!

"Impelido por el asesino sobre el conde de Mesnard, echó la mano el príncipe al lado, en